

Hay luego un Teatro Nacional que diz lo superan solamente los de París, Milán y Buenos Aires. Mientras estuve allá la Compañía Serrador-Marí de la Habana daba funciones, de preferencia comedias nuevas de Benavente y los Quintero. Valía la pena verlas. Siempre me pareció muy singular ver en el teatro, ocupada la platea por hombres tan sólo, que en los entreactos se levantan por unánime consentimiento y salen en fila a tomar refrescos. También los de los palcos nos salimos. Lo que ví era digno de verse: en el bonito corredor—no puedo recordar su nombre—los hombres en pie y recostados a los muros, observaban a las niñas lindamente trajeadas que se paseaban de un extremo al otro.

¿Cines? Para todos los gustos. En su mayoría, provienen las películas de los Estados Unidos, arregladas en inglés y español a un tiempo, y los diversos teatros siempre están llenos. El auditorio con toda libertad aprueba o desaprueba las escenas que pasan. Recuerdo que en *The Heart of Humanity* el villano fué muy escarnecido. La orquesta también toca a instancias del auditorio.

En el Museo Nacional halla el turista numerosas e interesantes colecciones. Gocé mucho con la gran variedad de pájaros disecados y con las antigüedades, alfarería de varias clases principalmente, excavadas de las antiguas tumbas indígenas. De los pájaros había un bonito ejemplar de quetzal, oriundo del país, creo. Se me dijo como construye el nido y en él se aloja, entrando siempre por un lado y saliendo por el otro, de modo que no se ajen las bonitas plumas de la cola. En el observatorio de este Museo vi como registra el sismógrafo los temblores.

En mi país a veces hallé difícil ir los domingos por la mañana a coger la lección bíblica de las diez. Pero en San José a menudo me dieron las ocho en la *misa de tropa*, en la Catedral, a donde llegaba a tiempo de situarme en un asiento extremo de la nave central en la que se colocaba una compañía de soldados con sus rifles y bayonetas. Un domingo pude ver que uno de los soldados, un simple muchacho como otros muchos de ellos, le indicaba a un compañero que yo tenía una hiladilla de oro en mi vestido. Me miró entonces con amable sonrisa, y me imagino que querría cambiar sus vestidos de algodón recién lavados por un uniforme con hiladillas.

Alguna vez recibí la invitación, tristemente orlada de crespón negro o algo parecido a crespón, en que se invitaba a mi familia al más acabado funeral de la temporada en San José. Asistí. Fué una ceremonia considerable. Una alfombra de terciopelo iba desde la puerta principal de la Catedral hasta el cata-

falco tristemente envuelto en paños negros en que permaneció el ataúd durante la ceremonia. Había innumerables cirios y flores, pajecillos con sombreros de pelo y fracs, sacerdotes en suntuosos revestidos, y linda música de órgano y cantos. Como el difunto había sido miembro del Congreso, etc., etc., asistieron al funeral muchos diplomáticos extranjeros. Por completo fué una solemne cuestión de estado.

En la zona que rodea a San José el café es la principal fuente de riqueza, gracias a los españoles que introdujeron la planta de la Habana en 1796. Dos cosas quise mucho ver: un cafetal en flor y uno listo para cosecharlo. Pienso que sólo esos maravillosos huertos de almendro florecidos en California pueden compararse a un *cafetal* cuando todos los arbustos—no son árboles—extienden sus ramas frondosas cubiertas de blancos jazmines de fragancia delicada.

La zona atlántica tiene también sus riquezas propias, la principal entre ellas el banano. Cuando me embarqué en el *Cartago*, de vuelta a los Estados Unidos y a mi trabajo, ese buque se encaminó en otra dirección a cargar bananos. En Almirante estaban listos 30,000 racimos, acomodados en largas filas de carros.

Nunca pude convenir con una característica, no, dos, de Costa Rica.

Fué la primera el *zopilote*, una especie de buitres, que rivaliza con los pobres en lo de estar siempre a la expectativa. Es una ave fea, de aspecto sin gracia y desagradable. Tal vez esto se deba a que es una ave de los basureros. De todos modos, me molestaba ver hacia fuera y hallarme con un *zopilote* o *zopilotes*, encaramados en un techo vecino, tal vez para bajarse al patio, en busca de desperdicios o algo que comer. La otra característica con que no pude reconciliarme fué una personal, muy personal: las pulgas. Que no se ofendieron porque no las quería; al contrario, se manifestaron especialmente inclinadas hacia mí, todo el tiempo, en todas partes. No dejaron de pegárseme una o dos cuando iba al teatro, en donde tenía que soportar sus brincos y sus piquetes durante toda la función.

Ahora, cuando recuerdo mis vacaciones en aquella tierra de perpetua primavera, lindos escenarios por doquiera y vida relativamente barata,—pagaba 100 colones al mes por comida y cuarto, que al cambio del día eran 30 ó 34 dólares.—San José me parece el más deseable lugar — salvo España — para vacaciones de un maestro norteamericano de español.

UNIVERSIDAD DE TEXAS.

(Trad. de *Hispania*, mayo 1921. Stanford University, California).

La educación jesuítica⁽¹⁾

POR MIGUEL DE UNAMUNO

AL hablaros de la reciente novela de Pérez de Ayala «La pata de la raposa» os decía que si un jesuita inteligente—y los hay muchísimos menos que se cree—leyese aquello de que educan ellos de tal modo que le hacen un tormento la vida al que deja de creer, se sonreiría mefistofélicamente, considerando que ése es precisamente el triunfo de su sistema.

Acaso no faltase lector de mis artículos que al leer lo de que hay muchos menos jesuitas inteligentes que lo que se cree torciera el gesto, porque es ya un lugar común entre ciertas personas lo de la inteligencia jesuítica. Creo, sin embargo, que no hay institución alguna humana que haya vivido más de leyenda que la Compañía de Jesús, y de una leyenda que le han otorgado sus adversarios así como ellos, los jesuitas, han forjado a su vez lo más de la leyenda masónica.

«De riqueza y santidad la mitad de la mitad» suele decirse, y un agudo y malicioso ex-jesuita, don Miguel Mir, en aquel librito que bajo anónimo escribió sobre la Compañía, emplea

una fórmula parecida al hablar de la ciencia jesuítica. Desde luego mantendría yo lo de riqueza, pues lo de las fabulosas de la Compañía de Jesús me parece otra de las leyendas que sus adversarios forjan y ellos usufructúan. Cuando yo era niño se decía que los cafés suizos, desparramados por toda España, eran de los jesuitas y hoy no es raro oír que es de ellos la Compañía Transatlántica. ¡Bienaventurados los pobres de espíritu!

Otra de las leyendas es la de que no se admite en la Compañía si no al que tenga talento para algo. Y a esto no hay sino recordar aquel graciosísimo cuento que en uno de sus amenos libros nos narra el inimitable narrador peruano don Ricardo Palma y es de cuando preguntando un visitante de un colegio de jesuitas al rector del mismo de qué servía un cierto novicio que le pareció bastante bruto, el P. rector le contestó que era, en efecto, el tal novicio torpísimo, pero que ellos no es que no admitieran al que no tuviese talento

(1) Véase el REPERTORIO anterior.